

LA IDEA NACIONALISTA EN LA ARGENTINA

*Comunicación del académico de número Luis Alberto Romero,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 22 de junio de 2016*

LA IDEA NACIONALISTA EN LA ARGENTINA

Por el académico Dr. LUIS ALBERTO ROMERO

Voy a hablar del nacionalismo, una corriente de ideas que en la Argentina se convirtió en una matriz poderosa del pensamiento y de la imaginación, un sentido común con gran capacidad para fundirse con otras ideas y moldearlas. No lo consideraré como un pensamiento sistemático; trataré en cambio de integrar las ideas sistemáticas con otras menos densas pero más operativas en la discusión pública.

Esta combinación de ideas sistemáticas y operativas aparece en las discusiones públicas bajo la forma de argumentos, en torno de polémicas relevantes. Aquí domina lo pragmático; por eso, en sus actores el pensamiento sistemático se mezcla con cierta libertad con argumentos ajenos a él, para competir con alianzas igualmente heterogéneas. Agregaré un componente muy importante para el historiador: las instituciones, que tienen un papel decisivo en la sistematización, simplificación y difusión de las ideas. No es lo mismo cuando habla un intelectual que cuando esa idea es retomada, por caso, por el Ejército o por la Iglesia.

Quiero comenzar señalando algunas peculiaridades de la idea nacionalista, para luego hacer un esbozo histórico de su desarrollo hasta la década de 1940. En primer lugar, comparativamente hay en los nacionalistas menos doctrina que sentimiento valorativo, así como una fuerte pulsión a la acción, a la intervención, sobre todo contra algo genéricamente definido como “no nacional”.

En segundo lugar, al menos en nuestro país, hay una curiosa tensión entre uno de sus supuestos –“existe un pensamiento nacional, diferente del cosmopolita”– y el hecho constatable de que cada uno de sus diversos exponentes ha seguido bastante de cerca a un autor europeo, o simplemente lo repite. No son los únicos, claro, pero otros no hacen gala de tener un “pensamiento nacional”.

En tercer lugar, en ese pensamiento nacional, que tematiza la unidad, dicha unidad es escasa: el nacionalismo se parece al río Paraná, con muchos brazos, que siguen distintos caminos aunque finalmente confluyen en esa matriz de la que hablaba, que retomaré al final.

Finalmente, el nacionalismo es una idea sumamente plástica, capaz de acomodarse a cambiantes situaciones y, sobre todo, de mezclarse con otras. Diría que es como la molécula básica de la química orgánica, compuesta de carbono e hidrógeno, que usualmente se combina con otras en el mundo de la química orgánica. En nuestro caso, por ejemplo, el catolicismo, el populismo, el antiimperialismo, el socialismo.

Lo que haré será seguir el recorrido de esta idea a través de distintas etapas, hasta llegar al momento en que la matriz está consolidada, y en vísperas de su unión más trascendente, con el populismo.

Los orígenes: el nacionalismo estatal y liberal

La idea de una nacionalidad argentina emerge de manera confusa e intermitente desde 1810, como consecuencia de la ruptura y fragmentación del Imperio español. Acompaña, desde atrás, la búsqueda de una nueva forma de legitimidad política y de un Estado, y también la laboriosa construcción del territorio cuya esencia deberá luego justificar.

Hasta 1853 este es un tema de las elites letradas, como es el caso de Esteban Echeverría, al igual que en Italia o Alemania entonces. Desde 1853 comienza una nueva etapa, asociada con la construcción de un Estado en forma, que demanda un fundamento nacional, a la manera de lo que ocurría por entonces en el resto de los estados occidentales. Se trataba de convencer a los habitantes del nuevo Estado de que, además de la ley, los ligaban otros vínculos simbólicos, relacionados con un pasado y con un futuro.

Por entonces, y simplificando mucho, existían en Europa dos modelos de nación. Uno, inspirado en la Ilustración y la Revolución francesa, partía de los individuos y el contrato político, que los convertía en ciudadanos y construía el colectivo nacional. El otro, derivado de la corriente antiiluminista alemana y del romanticismo, partía de la comunidad y culminaba en un Estado cuya legitimidad última se encontraba en el “pueblo” preexistente, su cultura y su espíritu: el *Volkgeist*. Rousseau y Fichte diría, para ponerle nombres. La Constitución de 1853 invoca el primer principio, al convocar a “todos los hombres de buena voluntad”, con el único requisito de aceptar ese contrato, y esa idea guió la acción de los gobernantes en las primeras décadas.

Para el nuevo Estado argentino era imperioso “hacer a los argentinos”, tomando una frase contemporánea, del político italiano D’Azeglio. En 1853, se trataba simplemente de integrar a una identidad común a salteños, cuyanos, correntinos y porteños. Pero pronto el problema se hizo mucho mayor y más complicado, pues

se trataba de las masas de inmigrantes, llegados en el proceso de la gran transformación de la Argentina a fines del siglo XIX.

Esa gran transformación, que rehizo la sociedad, sobre todo en el litoral, fue impulsada y guiada por un Estado potente, que desarrolló muchas capacidades operativas, y entre ellas las vinculadas con la nacionalización. El gran instrumento de hechura, de fabricación de argentinos fue la escuela; el proyecto educativo, de un enorme despliegue, está presente no solo en la nacionalización sino en toda la construcción social.

Para sus dirigentes, a menudo tachados de cosmopolitas, la nacionalización fue un problema central. Se ligó con la enseñanza de la historia, cuyo relato construyeron Mitre, Vicente Fidel López y otros, que más allá de sus diferencias compartieron todos una idea de nación liberal y romántica a la vez, en la que al factor contractual roussoniano se sumaban los elementos morales que animaban, por ejemplo, las versiones de Michelet o Renan. Junto con la educación básica, se preocuparon por las manifestaciones públicas del civismo, la constitución del panteón de los próceres, la organización del ceremonial patriótico y demás aspectos, que Lilia Ana Bertoni ha estudiado en un libro que sigo: *Patriotas cosmopolitas y nacionalistas*.

El giro esencialista

La misma Bertoni ha encontrado en 1890, año de crisis y de revolución, los comienzos de un giro dentro del nacionalismo estatal, hacia una versión menos liberal y más homogénea de la nación ideal, en consonancia con la versión romántica que inspira la tradición alemana. Alemania es por entonces el modelo de nación potente y eficiente, con un destino de grandeza que se asocia con la unidad de la nación en que se sustenta.

En la Argentina ese giro madura en el Centenario, un momento en que coinciden una corriente celebratoria del éxito argentino, que augura un destino de grandeza, y otra en la que confluyen preocupaciones de distinto tipo, sobre un país que se percibe dividido y debilitado en su unidad. Ese es el tema de lúcidos ensayistas como Joaquín V. González, Carlos Octavio Bunge o Agustín Álvarez.

En el centro de ese debate se encuentra la cuestión de la debilidad de la nación, minada por una heterogeneidad constitutiva que las políticas estatales, especialmente la educativa, no solucionaron. Coinciden el señalamiento de la debilidad y la postulación de la unidad ideal, que existe potencial y esencialmente y, por otra parte, que debe ser políticamente construida. Las discusiones aparecen alrededor de la lengua nacional, la música, la pintura, o la historia nacional, donde despunta lo que luego se llamará revisionismo, y la raza, un término en boga, de alcances imprecisos, que oscilan entre lo que hoy llamamos racial y nacional.

Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Enrique Larreta o Leopoldo Lugones animan la polémica sobre el arquetipo nacional –entre el Cid Campeador de Larreta y el Martín Fierro de Lugones–, de modo que el “ser nacional”, que debería ser la prenda de unidad, se convierte en tema de inacabables querellas que se prolongan por lo menos hasta los años setenta del siglo XX.

En medio de estas discusiones, y por temor ante novedosas amenazas, a principios del siglo XX, durante la segunda presidencia de Roca, las elites estatales giran hacia estas ideas. El ejemplo alemán se prestigia ante los problemas de la soberanía: un largo conflicto limítrofe con Chile y una nueva preocupación generada por una abundante “colonia” italiana” que en Italia alimentó algunos sueños coloniales. También influye la competencia con los Estados Unidos, que aspira a expandir el panamericanismo; la confianza en que se puede competir con ellos está alimentada por un costado que es complementario del temor: la seguridad en el destino de grandeza.

Por otro lado el Estado se siente amenazado por la extensión y diversidad de la conflictividad social y política, un arco que moviliza desde los chacareros pampeanos hasta los anarquistas. Sus respuestas tienen que ver con la nueva idea de la homogeneidad cultural y la necesaria intervención estatal para impulsarla. Esta se manifiesta en el ritual patriótico que introdujo el Consejo Nacional de Educación, presidido por José María Ramos Mejía, o en la introducción del servicio militar obligatorio, que colocó a todos los jóvenes bajo la tutela del Ejército, encargado de imbuirlos de argentinidad.

Finalmente, la reforma política —la ley Sáenz Peña— ordenó —recuérdese el imperativo “quiera el pueblo votar”— que todos los argentinos fueran ciudadanos y se comprometieran con la elección de los gobernantes y con su legitimación. El sufragio universal era un instrumento de consecuencias difíciles de prever, cuya adopción muestra la confianza básica que animaba a la elite.

La acción nacionalista del Estado encontró receptores entusiastas en la sociedad, por distintos motivos. Los sectores tradicionales, y particularmente las elites, muchas de ellas desplazadas por los nuevos ricos de una sociedad móvil, encontraron su rasgo identificados y distintivo en su pasado patricio y su criollismo, que remozaron. De allí salieron, en los años de agudización del conflicto social, los grupos chauvinistas violentos, como la Liga Patriótica.

Por otro lado, en los extranjeros decididos a afincarse, el criollismo funcionó como el instrumento para nacionalizarse. Como ha mostrado Adolfo Prieto en un libro notable: *El criollismo en la formación de la Argentina moderna*. Desde finales del siglo XIX el criollismo se difundió a través del circo y el teatro, con el exitoso ciclo de Juan Moreira, y en un amplio conjunto de folletines de gran venta. El fenómeno era visible en la proliferación de los círculos criollistas, donde se bailaban las danzas nativas y se mateaba, adecuadamente vestidos. Sus principales animadores no

eran los criollos legítimos sino quienes querían serlo por adopción, como el gallego que, bailando un gato, llamaba “su prienda” a la galleguita que lo acompañaba. Esta segunda faz del nacionalismo, integradora, predominó e incluso se sobreactuó. Victoria Ocampo señaló una vez que los “argentinos recientes” estaban mucho más preocupados por la cuestión de la nacionalidad que aquellos que –como ella y su interlocutor, Eduardo Mallea– fueron argentinos desde siempre.

Los actores institucionales entran en acción

Junto con el debate y las querellas de los intelectuales, desde comienzos del siglo XX comenzó a oírse la voz de tres actores institucionales: el Ejército, la Iglesia y la UCR, cuyas ideas al respecto luego reaparecen, modificadas, en el peronismo. Se trata de voces fuertes, con un discurso organizado y gran capacidad tanto para moldear la opinión como para influir en el Estado. Las tres aportaron sus perspectivas sobre la nacionalidad, diferentes pero convergentes.

El primer gran actor es el Ejército, profesionalizado e institucionalizado. Según la doctrina de entonces, su misión específica era la defensa de las fronteras, amenazadas por estados vecinos –Chile sobre todo, y también Brasil– decididos a quedarse con partes del territorio nacional, o a “penetrar” en el argentino por caminos diversos, como la emigración de trabajadores temporarios o la instalación de estaciones de radio en zonas fronterizas.

El nacionalismo militar consistió en la defensa del territorio nacional y además en su naturalización, es decir su deshistorización: según esta versión, proveniente de fuentes europeas de entonces, cada porción de territorio contiene un fragmento de la

argentinidad esencial. Una disciplina de fuerte peso, la geografía, acompañó el desarrollo de la idea territorial de la nación, mientras que la historia desarrolló la narración de la progresiva dominación por el Estado argentino de un territorio que le estuvo asignado desde siempre. Según ese relato, se enseñó que hubo aborígenes “argentinos”, que lo eran desde tiempos precolombinos. Dejo para otra ocasión la cuestión de las Malvinas, pertinente para esta idea de la nación territorial. Pero lo cierto es que, en definitiva, el territorio fue y sigue siendo el punto de anclaje más sólido y compartido del nacionalismo argentino.

La segunda idea fuerte en el Ejército es la de “la nación en armas”, preparada para defender a la patria y, eventualmente, para concretar su destino de grandeza. Esa idea integral se traduce, por un lado, en la aspiración a la autarquía, particularmente en materia de infraestructura e industria. Por otro lado, la idea de “nación en armas” se traduce en la aspiración a la unidad de doctrina de la nación, amenazada por las divisiones generadas por los conflictos sociales y políticos. La misión de las fuerzas armadas consiste en velar por los intereses superiores de la nación, colocándose si era necesario por encima de sus divisiones, de sus políticos y de las instituciones constitucionales. Ese fue, desde 1930, el argumento de todos los golpes de Estado.

El segundo gran actor es la Iglesia católica. La Iglesia creció y se organizó desde fines del siglo XIX, acompañando el crecimiento del país y del Estado. Aumentaron los obispados, las parroquias, las órdenes religiosas. También se organizó el laicado católico, diverso y creativo, firmemente encuadrado desde 1931 en la Acción Católica.

Unificada y disciplinada, la Iglesia intervino en cuestiones políticas con mucha mayor potencia que en 1880. Discutió con el Estado por el restablecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas, que se impuso en varias provincias y se generalizó en 1943, y en tiempos de política democrática exhibió su poder en

periódicas y espectaculares movilizaciones de masas, como la que acompañó al Congreso Eucarístico de 1934.

La doctrina que dominó fue la imperante en el Vaticano en el siglo XX: *Instaurare omnia in Christo*, colocar a Cristo en todas partes. La fórmula sintetiza un vasto proyecto de catolización –la Iglesia dice “re” catolización, aludiendo a un pasado medieval mitificado– de la sociedad y el Estado, es decir el establecimiento real del reinado de Cristo en la tierra, tal como lo dice dice la encíclica *Quas Primas*, que en 1925 instituye esa celebración.

De ello se deriva la definición de la Argentina como una nación católica, y no meramente con una mayoría de católicos. Tal definición no solo colocaba a la Iglesia a la par del Estado sino que dividía a los habitantes en unos auténticamente argentinos y otros, practicantes de otros cultos, distintos, ajenos, quizá transitorios, a los que se combatió duramente si pretendían manifestarse públicamente.

La doctrina se combinó, con algunas tensiones, con el nacionalismo, generando el nacional catolicismo que podía remontarse a España y a Menéndez y Pelayo y que se revitalizó en la Argentina de los años 20. Enfrentando a la tradición liberal, a la que descalificaron con éxito, nacionalistas y católicos se mezclaron en los círculos intelectuales, en la prensa de batalla y en las manifestaciones callejeras desde que comenzó la guerra de España. Unidos, conquistaron el alma del Ejército a lo largo de la década de 1930, como estudió con minuciosidad el historiador italiano Loris Zanatta. Unidos, llegaron al gobierno del Estado en 1943, para diluirse con la aparición del peronismo.

El tercer gran actor es la UCR, primer partido político “moderno”, con un organizador territorial nacional, un modo deliberativo y democrático de funcionamiento, un programa, una doctrina... y un líder, pues la variante democrática predominante en el radicalismo anterior al peronismo, y un poco después también, fue la democracia plebiscitaria de líder.

Yrigoyen fue un líder carismático, presentado como el mesías regenerador, y frecuentemente asociado con Jesús expulsando a los mercaderes del templo. La doctrina se construyó sobre la real vigencia de la Constitución y sobre la pureza del sufragio, que sería el instrumento de la regeneración constitucional. En este caso nos interesa por un punto central, que perduró mucho tiempo: la identidad entre el radicalismo y la nación: “la causa radical es la causa nacional” es una frase típica de Yrigoyen. El radicalismo era para Yrigoyen formalmente un partido, pero en el fondo no era una parte, sino la nación toda. ¿Y el resto? Los adversarios políticos fueron calificados globalmente como “el régimen”, y apostrofados como “falaz y descreído”.

En este aspecto el radicalismo tuvo, y algo conserva, una forma afín con las otras versiones de la idea nacionalista que consideramos. Como las anteriores, aunque por otro camino, esta versión del nacionalismo divide la política en bandos inconciliables, introduciendo un elemento faccioso que destruye la conversación política y la búsqueda de acuerdos. En el primer radicalismo esto estuvo balanceado y contrapesado con la fuerte vocación constitucional del partido, y su sólida convicción democrática: el pueblo eran los ciudadanos y el colectivo era la nación ciudadana.

Pero la idea estaba plantada en el origen de nuestra democracia, que durante mucho tiempo siguió por ese camino. Cuando luego de 1930 el radicalismo se hizo más sensible a la tradición liberal y a la noción de partido, la antorcha quedó vacante, hasta que se hizo cargo de ella el peronismo, para combinarla con una nueva noción de pueblo, más germana —el *Volk*—, y más cristiana: el “pueblo de Dios”.

Espero seguir desarrollando el año que viene este tema. Mientras tanto, a modo de síntesis, recuerdo que presenté tres aproximaciones diferentes a la cuestión de la nacionalidad, que convergen en dos puntos clave. El primero es que la esencia nacional existe, está amenazada por sus enemigos, y debe ser cons-

truida y reconstruida permanentemente: es un destino y a la vez una tarea. El segundo es que esa nacionalidad permite distinguir en el país, su gente, sus ideas y sus prácticas política dos sectores: el “pueblo” o “la nación” y sus “enemigos”. Es una *forma mentis*, un cuadro mental que se puede llenar de diferentes maneras, y de hecho la nacionalidad y su definición sigue siendo un campo de fortísimos conflictos. Algo perfectamente explicable. Pues, en ese contexto, quien define la nacionalidad tiene en sus manos el más poderoso de los instrumentos de poder: poder definir al otro, al enemigo.

Me he limitado al análisis de la idea en sí, pero obviamente, esto ha sido trabajo de anatomista, necesario pero insuficiente para entender la totalidad del organismo. Estoy convencido de que esta idea, en su forma simple, viene ganando su batalla a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, a costa de su verdadero “otro”: quienes creen en una sociedad plural y en sus virtudes y en una convivencia basada en el pluralismo.

Cuando hice estudios sobre períodos más recientes dije que en el fondo de nuestra conciencia colectiva, en mayor o menos medida, hay un “enano nacionalista”. Es la adaptación de una metáfora muy común, referida al “enano fascista”. No significa que algunos de nosotros o todos seamos esos enanos sino que, dentro de esa cosa compleja que podemos llamar subconsciente colectivo, o mentalidad, o cultura, o de otras maneras –que aluden siempre a su heterogeneidad y al cambiante equilibrio de sus partes–, se aloja, con otros personajes, ese enano, a veces adormilado pero que se despierta por quien sabe convocarlo adecuadamente, y actúa. Esta exposición trató de mostrar que no estuvo allí desde siempre sino que tiene sus orígenes en precisas circunstancias históricas.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Eduardo Quintana

Agradezco al Académico Romero su interesante exposición, la que me ha motivado las siguientes reflexiones. En muchas oportunidades no se distingue suficientemente entre nación y Estado, pues por lo general son dos realidades (y conceptos) íntimamente relacionados y/o imbricados uno con otro pero esencialmente diferentes entre sí. Por ejemplo, han existido estados que integraban a varias nacionalidades, u otros que abarcan a nacionalidades regionales que antaño eran naciones. Al recorrer Europa se advierte que bajo el poder unificador del Estado subsisten con mucho vigor diversas regiones que antaño fueron o bien reinos o ciudades autónomas o regiones con su propia idiosincrasia. Cabe acotar que una de las fuentes que originan al Estado moderno fueron las monarquías absolutas, que centralizaban todo el poder absorbiendo las autonomías regionales. Entre otras fue un modelo Francia y no en vano es todavía de usanza la palabra “burocracia”. La República Argentina, desde sus orígenes coloniales fue forjada como integrante del reino de España. Creció y se desarrolló en unidad sin “nacionalidades” y luego se constituyó como Estado independiente. De aquí que Estado y nación sea términos que a veces corren

parejos. También ejerció su influencia en la creación del Estado moderno el racionalismo de Descartes, el que de la filosofía pasó luego a la política y se instaló en Occidente destacándose su centralismo y el concepto de soberanía que globalización mediante, para muchos se encuentra contemporáneamente en crisis, no así el de nacionalidad. Respecto a la Iglesia como también a las religiones deseo señalar que se caracterizan por su perspectiva divina o sobrenatural, de lo contrario no tiene sentido hablar de “religión”, lo cual no se contradice que a veces tengan cercanía y asunción de las cosas naturales y temporales, pero esencialmente es sobrenatural. Admito que esta cuestión, para quienes no tienen fe religiosa no lo comprendan, y les parezca más una estructura política de la sociedad. Con relación a los fieles católicos en la Argentina me parece oportuno señalar que hubo y hay diversas corrientes de pensamiento y por ello “el catolicismo” no se puede encerrar en ninguna de ellas. Por ejemplo en mi juventud y pienso que ahora también, fue para muchos un ejemplo filosófico y político Jacques Maritain quien no tuvo jamás posiciones xenófobas. Sin dejar de advertir que diversas reflexiones del académico son agudas y reales, a la vez puede quedar desteñido el concepto mismo de la nación. Nosotros no tenemos una Constitución del Estado argentino, sino la Constitución de la Nación Argentina y el preámbulo dice “Nos los representantes de la nación Argentina”. Muchas Declaraciones Internacionales de Derechos Humanos entre ellos la Convención Americana de los Derechos Humanos en su art. 20, entre los catorce o quince derechos esenciales, menciona que “toda persona tiene el derecho a la nacionalidad”. Por último deseo señalar que la exposición del académico no licúa ni diluye el concepto de nación, pero por mi parte deseo resaltarlo porque implica una vivencia en ideales comunitarios que en la medida en que se fortalecen, posibilita también el fortalecimiento de sus integrantes y en la medida en que los idearios comunitarios se diluyen podemos transformarnos en una serie de individualidades con destino incierto como sociedad política. Me remito a la etimo-

logía de la palabra misma nación: nacimiento, natividad, filiación, transmisión genéticamente cultural que constituyen por eso una determinada comunidad y el día que no exista, se licuarán las comunidades y sus integrantes serán ciudadanos del mundo, lo cual no creo que suceda. Espero que no se modifique ni el título de la Constitución de la Nación Argentina, ni sus valores reflejados en el preámbulo ni por ende el derecho a la nacionalidad.

Académica María Angélica Gelli

Gracias, académico Romero por su tan estimulante comunicación. Me ha dejado pensando. Quiero formular una pregunta al señor académico; tengo muchas coincidencias con lo que han expresado los demás académicos. ¿Usted está haciendo foco en la idea de nación, tal como la presentó el académico Díaz o en los nacionalismos que, a mi modo de ver, tienen otro significado y efectos políticos?

Académico Isidoro Ruiz Moreno

Creo que no hay que confundir lo que es nación con nacionalismo. Esto último es una deformación, difícil de definir. Los patriotas que no somos nacionalistas ¿en qué categoría estamos? El propio nacionalismo en la Argentina nunca pudo definirse a sí mismo, y no llegó a formar ningún partido político, no solamente por su desprecio al pueblo –porque se consideraba una elite pensante– sino también porque no era fácil afirmar que el que no piensa como un nacionalista, no es argentino. Y lo curioso del nacionalismo argentino de los años 30 –cuando tuvo más fuerza– es que su ideólogo era un extranjero: Charles Mourras, y su gran figura política otro extranjero: Francisco Franco. La trilogía de

los próceres argentinos era Rosas, Yrigoyen, Perón; y los que no somos ni rosistas ni peronistas ni radicales ¿en qué categoría estamos? Creo que el nacionalismo, en este sentido, ha desaparecido... ha dejado de existir en la calle, digamos, en las doctrinas que se agitan. Una vez calificué en “La Nación “, públicamente, que para mí el nacionalismo era “una caricatura histérica del patriotismo”. Me parece que este tema hay que analizarlo. Para terminar, el nacionalismo está opuesto frontalmente al liberalismo, al de la Constitución del 53, la “ley suprema” de la nación. Liberales han sido los grandes constructores del país, desde Urquiza hasta Roca y entonces esos liberales ¿qué son? Casi ni argentinos... Quería plantear esta cuestión.

Académico Abel Cornejo

El tema de esta tarde me interesa mucho, les va a llamar la atención algunas cosas que voy a decir muy brevemente. Creo que uno de los grandes temas argentinos es el nacionalismo, hasta donde entendí de la brillante exposición del académico Romero, por lo menos en mi concepción: es la negación de lo institucional en la Argentina. Y lo que antes aparecía como folklórico, en los tiempos actuales tiene una incidencia que la sufrimos todos. En este momento con decisiones económicas y la irresponsabilidad en algunas de esas decisiones que se toman so pretexto del nacionalismo. Más el fracaso absoluto de la educación argentina en los últimos tiempos, que en vez de reforzar lo institucional atiende otros conceptos. Cuando uno veía por ejemplo en los años 70 un discurso como el de Jordán Bruno Genta en la revista Cabildo, era la negación de la democracia liberal, entonces esa distorsión, que incluso se ve en la historia española cuando el franquismo se traga al falangismo, dentro de esa misma concepción, es lo que muchas veces nos lleva a pensar la necesidad y la vigencia que tiene esta

desviación ideológica; y que se vio en muchas de las decisiones de los regímenes populistas latinoamericanos. Sin ir más lejos en las últimas elecciones de Perú, que eran muy preocupantes por todo lo que había pasado durante el régimen de Fujimori, se fue distorsionando lo que se pensaba originariamente... fue al revés de lo que sostenía al principio para luego desembocar en una degeneración absoluta de la calidad institucional. Creo que es un desafío argentino futuro. Y otra superación, que con el discurso nacionalista fue muy seductor en el interior argentino fue con la dicotomía Buenos Aires-interior, allí también se coló muchas veces esa idea distorsionada del nacionalismo y en vez de buscar héroes institucionales que hicieron grandes cosas por el Estado como Mosconi, por ejemplo, y que fueron realmente detentadores de soberanía en su momento, eso no tiene que marcarse como una dicotomía en lo que tiene que ser un Estado eficiente, institucional y un Estado que tenga valores nacionales en defensa de la nación pero siempre marcando, o teniendo por norte, el rumbo institucional. Es allí donde veo que fracasa totalmente esa idea y donde se cuela en la actualidad la distorsión nacionalista.

Académico Jorge Vanossi

No pensaba intervenir, pero después de haber escuchado al Dr. Romero y a los demás colegas me animo a decir lo que siento y pienso al respecto. Estoy muy cerca y próximo a los conceptos del académico Ruiz Moreno y del académico Cornejo. Es decir, una cosa es el concepto de nación que es un concepto bastante unívoco, que se puede precisar, se puede coincidir, se puede conceptualizar redondeándolo; y en el polo opuesto está el vocablo nacionalismo. El vocablo nacionalismo ha servido para todo, por lo tanto es un vocablo multívoco, multiuso, confuso, difuso, y diría que es un terreno pantanoso para el mensaje del pensamiento. Definirse como nacionalista al cabo del tiempo, al cabo de los siglos, según

los lugares, los países, vale para muchas cosas que hasta pueden ser bastante opuestas entre sí. Ricardo Rojas escribió una obra específica: es otro nacionalismo, nada que ver con el totalitario. También los primeros revisionistas eran nacionalistas: Iburguren, los hermanos Irazusta, etc. Nacionalistas se han proclamado muchos de la más variada procedencia; casi diría que es un término a gusto del consumidor proclamarse nacionalista: sirve tanto para un lavado como para un fregado. Hay un partido nacionalista constitucional que tiene personería jurídica y sirve para todo (se alquila, es un sello que se alquila) ¿A qué quiero llegar? Es un tema que nunca he podido terminar de comprenderlo cabalmente. “nación” sí lo tengo perfectamente claro: está en la Constitución, está en nuestro saber y entender. Pero nacionalismo, nacionalista, es algo que trato (y creo que en mis modestos escritos, en mis artículos y trabajos no lo uso) prefiero evitarlo porque como he dicho recién, es de una manera difícil de tomar, de poderla perfilar.

Académico Luis Alberto Romero

Agradezco, con toda sinceridad, la cantidad de cosas que se han dicho. Empiezo por el señalamiento del académico Quintana: no debe confundirse Estado con nación. Efectivamente, son dos cosas completamente distintas y a la vez completamente unidas, como lo es una tercera: el nacionalismo, un tema que desde los años setenta apasiona a los historiadores. El Estado pertenece a lo que, usando una terminología de mi padre, es la realidad fáctica: una institución, normas, ministerios, agencias, administración. La nación –según esa misma terminología– pertenece a la realidad potencial o imaginada: es algo que transcurre, en las cabezas de la gente. Los Estados promueven ideas nacionales, que explican por qué quienes habitan ese territorio, bajo ese gobierno y esas leyes, pertenece a algo común, llamado “la nación”.

Esta es una idea muy moderna -diría que no es anterior a la Revolución Francesa en los términos en que lo entendemos hoy-, y tiene que ver con la necesidad de los estados modernos de legitimarse en algo que diferente de Dios, la tradición y la dinastía. La crisis de ese conjunto de ideas es la que potencia dos conceptos diferentes y entrelazados –el pueblo y la nación– que operan como fuente última de legitimidad del orden político.

No hay una única forma de nación, pues cada sociedad, ordenada bajo un Estado, puede crear distintas formas de nación, distintas nacionalidades. Ese trabajo de creación de nacionalidades es lo que llamamos globalmente nacionalismo. El nacionalismo es precisamente el trabajo de modelación de la nación. Una nación –nuestra nación– está en permanente estado de remodelación, como por otra parte, cualquier cosa que sea creación de los hombres.

Traté de mostrar, en un período que va desde 1810 hasta 1940, cómo se fue construyendo la idea de nación y qué distintas concepciones de la nacionalidad fueron entrando y saliendo. A una de ellas convenimos en llamarla “nacionalismo”, una voz con connotaciones muy precisas, que unos comparten y otros no. No creo que nadie se sienta ajeno a la nación argentina: quizá nos sentimos ajenos a una propuesta de nación que se ha denominado “nacionalismo”.

Señalé una idea inicial de nacionalidad, construida sistemáticamente por el Estado argentino a partir del principio contenido en la frase “nos los representantes del pueblo de la nación argentina”. Esta idea, que funcionó bien desde 1850 hasta 1900, tiene mucho que ver con la tradición liberal en los términos en los que decía el Dr. Díaz mucho más claramente que yo: una nación fundada en la idea de la pluralidad. No es condición pensar o creer lo mismo, ni tener el mismo origen étnico; lo único que se exige es que se respete la ley, que se respete el contrato político. Esa es la idea contractual de la nación, que me parece ha suscitado el acuer-

do de la mayoría en este debate, y que para muchos constituye una aspiración.

En la segunda parte traté de explicar por qué esa idea entra en crisis, hasta 1940 cuando es está a punto de entrar en una fase diferente que empalma con el peronismo. Me concentré en tres grandes actores, cada uno con su especificidad, como puntualizó correctamente el académico Molina Pico. El Ejército, la Iglesia y los partidos políticos tienen fines, maneras de argumentar y otras muchas especificidades. Señalo que, cada uno en su especificidad, terminan construyendo una forma mental cuyas bases son que lo bueno es la unidad y lo que está afuera de la unidad es el enemigo. Y esta forma es la antítesis de la concepción liberal que informa la Constitución de 1853, con su célebre declaración acerca de "... todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino". Traté de mostrar cómo, en ese período, cada una de estas instituciones, por sus razones, fue entrando dentro de este molde que ya era prestigioso.

Paso a los casos particulares. Van algunas observaciones parciales. En el del Ejército me hubiera gustado desarrollar más su singular aporte, al fundar la nación en el territorio, en vez de hacerlo en la raza o en la religión. No digo que esto sea bueno o malo, y puesto a elegir diría que es el mejor de los tres. El problema está en naturalizar ese territorio, que aprendimos a dibujar tan cuidadosamente, sacándolo del orden de las cosas humanas. Esto ocurre cuando decimos que ese territorio es por definición argentino, sabiendo que eso se fue construyendo y que pudo haber sido de otro modo, como el caso del Uruguay. Esta concepción territorial es muy fuerte. Cuando en la escuela se enseña sobre los indios argentinos, se dice que entre ellos estaban los araucanos, que nadie debe confundir con los mapuches chilenos. Lo mismo con los guaraníes o con cualquier otro pueblo, que ignoraba que su destino lo dividiría en una parte argentina y otra parte que no lo era. Hay una idea de unidad nacional preexistente, muy romántica,

que se establece en el sentido común y nos hace pensar cosas que en realidad no resisten el análisis lógico.

En ese sentido, yendo un poco más al presente, creo que esta idea territorial está muy presente en la convicción de que la nacionalidad se juega en cualquier fragmento del territorio, grande o pequeño, cuya argentinidad esté cuestionada. El último caso que recuerdo fue la disputa por los Hielos Continentales, donde, más allá de una serie de argumentos que pueden discutirse –al igual que los de la otra parte– subyacía la idea de que ese territorio, que en rigor pocos conocían, era naturalmente argentino.

Con respecto a la autarquía: efectivamente es muy importante para la defensa de la nación fabricar sus armamentos; yo estaba apuntando a algo más general sobre la economía argentina, y sobre lo que fue todo un tema de discusión desde un poco antes del peronismo hasta la década del 70. Por entonces predominó la aspiración que con claridad expresó Aldo Ferrer: la economía nacional integrada. La idea de la autarquía lleva a ese camino. Hoy muchos dudan de que ese haya sido un camino adecuado, aunque es posible que dentro de 40 años pensemos una cosa distinta, porque las ideas son mutantes.

Sobre la Iglesia: no hablé de “errores de la Iglesia”. No creo que se pueda decir que la política que arranca de Pío IX en 1870 de confrontar con los estados laicos sea un error o un acierto. Con las cosas del pasado hay que tratar de comprenderlas, no de juzgarlas. Digo que la Iglesia argentina está particularmente influida por el modelo vaticano, mucho más que la chilena o que la brasileña. El modelo vaticano es el de Pío IX, de León XIII, de Pío X, y sobre todo de Pío XI y tuvo una influencia grande en la Argentina. De ese modelo, entre otras cosas, se deriva la idea de que hay una asociación entre nación e identidad católica. La Iglesia ha hecho otrora un enorme esfuerzo para explicar que estuvo presente en los orígenes de la Patria: por ejemplo, recuerda a los sacerdotes patriotas pero se olvida del obispo Lué, o del obispo Orellana. La

Iglesia tiene una acción militante en esta cuestión del nacionalismo, le quiere imponer su marca. Entiendo que lo haya hecho, pero señalo que por esta vía la Iglesia termina dividiendo en dos a los argentinos: los auténticos argentinos, que son los católicos, y otros que son algo así como ciudadanos a medias, que pueden estar en el país o tener sus creencias; pero cuando empiezan a salir a la calle, como ocurría con el Ejército de Salvación, los curas párrocos advertían a la grey barrial sobre la presencia del demonio.

Traté de mostrar cómo las cosas van confluyendo. Cuando el año que viene llegue al peronismo, voy a demostrar que las cosas no son tan simples, que es bastante más complejo, sobre todo que el peronismo crea un elemento nuevo, que denominamos populismo, que se empalma de manera original con ese nacionalismo tan plástico.

Mi conclusión es que nosotros, como colectivo que asume su historia, hemos armado un nacionalismo de forma patológica; coincido con muchas de las cosas que ustedes han dicho. A mí el nacionalismo no me gusta, y no hice una exposición neutra, pero no hay nación, no hay Estado-nación que no necesite alguna idea de por qué estamos juntos, y creo que es un desafío.

Lo experimento mucho cuando hablo con educadores, que me reclaman una respuesta positiva. Si es que el nacionalismo está mal ¿qué les digo a los chicos? Creo que es un desafío pensar en una idea de nación que sea adecuada a nuestra Constitución y a la democracia que queremos construir. Una definición que no se pregunte cual es la esencia de los argentinos sino que diga que los argentinos son variados y eso es lo bueno de ser argentino; somos diferentes y vivimos juntos y nos enriquecemos, tal como lo habría dicho Kant en el siglo XVIII.

Sobre todo, hay algo muy importante a lo cual no debemos renunciar y es que la nacionalidad —en cualquiera de sus formas— tiene un elemento espiritual, moral, anímico, que existe en el plano

de las creencias y que cumple una función irremplazable en una comunidad política. Hoy tenemos un nacionalismo patológico; tenemos que construir algo equivalente que no sea patológico ¿Cómo lo llamamos? Finalmente la palabra que más me gusta es “patriotismo”, porque está menos contaminada que “nacionalismo”. Un patriotismo que responda a esa hermosa idea de Renan: “la nacionalidad es un plebiscito cotidiano”. No es algo que se declama sino que se construye cada día, haciendo algo para construirlo. En ese sentido quiero ser nacionalista; pero no quiero un nacionalismo que me lleve a la guerra de Malvinas. Tenemos que poder construir un patriotismo conforme a nuestras ideas democráticas.

Académico Eduardo Quintana

En mi intervención, respecto a quienes identifican los conceptos de Estado y nación, no me refería a la disertación del académico Romero, sino a otros como el nacionalismo vernáculo y también europeo que los han fusionado, este el gran defecto sobre la nacionalidad. Además con relación a su respuesta a las intervenciones posteriores, celebro su ideario patriótico.

Académico Manuel Solanet

En esas parábolas que suele traer la historia, estaba pensando que cuando llegamos al momento actual, a la contemporaneidad, nos encontramos con cosas como “el pensamiento nacional”. Hasta hace poco teníamos una Secretaría del Pensamiento Nacional. Tan extemporáneo como la calificación de lo nacional y popular que escuchamos hoy frecuentemente. Anoche había una discusión en el programa Intratables sobre qué gobiernos fueron nacionales y populares. Deplorable.

Creo que la exposición del académico Romero ha sido muy fructífera. Tal vez le haría una acotación. De su primera parte se podría deducir que el nacionalismo era una especie de comodín, es una idea que se acomoda a muchos espacios políticos. Las últimas referencias del académico Romero fueron enfocadas a que existe un nacionalismo que hay que educar o que hay que transformar. Sigo pensando que es un comodín, que la palabra nacional ha servido y sigue sirviendo para muchas cosas. Es como la Iglesia y la religión católica, que hay quienes piensan que pueda ser un instrumento de hegemonía política, pero también quienes la practican basados en sus convicciones, en donde está el amor a Dios y al prójimo son sus primeros valores y la libertad de pensamiento una condición. No podemos hacer de los católicos una categoría porque corremos el riesgo de esquematizar y de darles a todos un mismo contenido general. Como dijo Borges cuando le preguntaron qué opina de los franceses: “no conozco a todos”. Es como la palabra libertad que en los 70 la perdimos por la palabra liberación.